

CRONICA DE PUEBLA

Renato Poblete Barth, S.J.
Enero 1989

1. La Iglesia se prepara a Puebla

Han pasado 10 años de Puebla, 20 años de Medellín. La Iglesia se ha visto enormemente enriquecida por estas dos conferencias, ha visto éxitos y fracasos. Muchos no han asimilado las líneas señaladas en estas dos reuniones, otros han abusado de los términos que acuñaran Medellín o Puebla y de un modo sobre ideologizado han tratado de justificar ansias revolucionarias. Unos y otros se han olvidado que Puebla fue un llamado a la conversión interior a crear hombres nuevos para que se realicen estructuras nuevas.

Se han olvidado muchas veces las urgencias de los cambios. En esta crónica queremos más que nada recordar la necesidad de reformas rápidas y profundas dentro de una ética cristiana especialmente la parte que se refiere sobre todo al diagnóstico social ya que me tocó trabajar en ella como secretario del Departamento de Acción Social. Dicho sea de paso, la primera comisión que era encargada de la redacción de este diagnóstico fue la única que tuvo la sorpresa de ser el único documento rechazado en la penúltima plenaria.

Las razones del rechazo fueron diversas. Algunos pensaron que ese diagnóstico era muy pesimista, otros que era aún pálido reflejo de la trágica realidad del continente.

Se pidió rehacer el documento. Era muy difícil lograr esto ya que sólo se tenían 24 horas para esta tarea.

Dom Abelar Brandao, Cardenal de El Salvador, que presidía esta comisión, solicitó que se nombrara una comisión de 3 obispos que representaban los sectores críticos del documento y además, pidió que se agregara a nuestra comisión al Padre Pier Bigo y que se permitiera al

encargado de pastoral social, al P. Poblete, a que siguiera a cargo de la redacción del documento.

Esa noche había que producir. Gracias a la apertura y buena voluntad de los obispos, se logró hacer una buena síntesis y se cambió el orden de ese pre-documento, este presentaba en primer lugar, las angustias que captaban los obispos. Se cambió el orden de tal modo que lo que se presentara al último plenario, fuese una nota, en primer lugar, de mayor esperanza y al mismo tiempo, se insistiera más, en el hecho que los obispos hablaban desde la fe. Que ellos iban a discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos, dar testimonio, anunciar y promover los valores evangélicos de la comunión y participación.

Se decía que la Iglesia reconoce los logros alcanzados en América Latina, el avance económico significativo, lo cual demostraba que es posible erradicar la extrema pobreza y mejorar la calidad de vida de nuestro pueblo "si esto es posible pasa a ser una obligación". Comentaremos posteriormente esta afirmación. Se manifestaba el deseo de los obispos de compartir "las angustias de todos los hombres cualquiera sea su condición social", sin embargo, hay un amor preferencial por los pobres, una necesidad de crear el derecho de ser atendido preferencialmente.

La tónica de mayor esperanza puesta al principio del documento, ayudaba a leerlo de un modo más realista y no tan aplastante.

Se explicó también, que por más negra que fuese la situación, la Iglesia debería ser signo de esperanza y creer que el Espíritu de Dios puede renovar los corazones y hacer que de esta noche oscura nazca un nuevo amanecer.

Como se recordará, el documento empieza su descripción diciéndonos "vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres".

Los Obispos constatan como "el más devastador y humillante flagelo, la situación de la inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada en salarios de hambre, el desempleo y subdesempleo, la desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problema de salud, inestabilidad laboral".

Como en Medellín, los obispos presentan la necesidad de los cambios de mentalidad, pues como lo dijeron en aquel entonces, "no hay

estructuras nuevas sino hombres nuevos". La situación de extrema pobreza la describen en los rostros muy concretos, en los que "deberíamos todos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo que nos cuestiona e interpela". Así patéticamente describen los rostros de los indígenas; los obreros mal retribuidos y con dificultad para organizarse y defender sus derechos, etc., toda esta variedad de personas sufrientes ha llamado la atención de los obispos, cuya voz se hace eco también de la falta de libertad para sindicalizarse que agobia a los obreros.

Tampoco la Iglesia se ha olvidado de los marginados y hacinados urbanos que "sufren el doble impacto de la carencia de bienes materiales en contraste con la ostentación de riqueza de otros sectores sociales", ni de los rostros de subempleados y desempleados, "despedidos por las duras exigencias de la crisis económica y por modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos". También los obispos tienen muy presente la situación causada por modelos económicos que subordinan al hombre a la economía y que no trepidan en sacrificar toda una generación con tal de mostrar un así llamado "éxito económico", olvidándose que "la economía debe estar al servicio del hombre y no vice versa", como lo reiteró tantas veces el Papa.

El servicio de esta deuda externa obliga en muchos países a llevar políticas económicas restrictivas que, debido en parte a la mala utilización de esa inversión extranjera que no se canalizó en un desarrollo que creara mano de obra y satisfacer así las necesidades de empleo, han hecho que este mismo problema de la desocupación, de la inflación y otros flagelos, estén más presentes entre nosotros.

Aunque es cierto que podríamos decir, la situación de los derechos humanos en la mayor parte de los países han mejorado, sin embargo, tal como se denunciaba en esos momentos, la violencia de la guerrilla, del terrorismo realizado por el extremismo de distintos signos, sigue activo en el continente.

Pensamos que, el gran desafío de cómo vencer la extrema pobreza y acortar la distancia entre ricos y pobres, permanecen como uno de los grandes retos para la Iglesia católica. Ella tiene, como fundamento de su fe, la paternidad de Dios, el que los hombres se amen fraternalmente y que éste sea el distintivo de los cristianos. "Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano la creciente brecha entre ricos y pobres... esto es contrario al plan del creador y al honor que se le debe".

El poner en duda que seamos un continente católico es el cuestionamiento más fuerte que se haya hecho el episcopado. Curiosamente 40 años antes el sacerdote chileno Padre Alberto Hurtado escribía un libro "Es Chile un país católico?" y cuestionaba la fe de este pueblo precisamente por la existencia de la extrema pobreza y las diferencias sociales tan grandes en un país donde era posible cambiar.

La crítica de Puebla la podemos repetir diez años después y a juzgar por la miseria junto al lujo insultante de personas que se confiesan católicos, nos muestran cuán lejos estamos del ideal cristiano en muchos países donde existe la posibilidad de cambiar.

Esta tarea seguirá siendo prioritaria para una evangelización integral al celebrar los 500 años de evangelización en América Latina.

Creo que debemos seguir meditando en el diagnóstico de la situación social donde se hablaba de que la raíz de estos males se debía en gran parte al ethos cultural, a la poca valorización del esfuerzo, del sentido del trabajo, de responsabilidad. El consumismo, la ambición descontrolada de tener más, el deterioro de la honradez pública y privada, como así mismo, la falta de integración de nuestros países, la carrera armamentista, eran y son factores que siguen en pie y que, nuevamente cuestionan cuán poco profunda sea la evangelización, el anuncio de la buena nueva en este continente de la esperanza.

Puebla nos insinúa la necesidad de una verdadera revolución cultural que deberá ser encausada por la Iglesia para que ella ayude a los cristianos a ser conscientes y consecuentes con las exigencias de la fe. Tendrá ella que hacer el esfuerzo de mantener su independencia frente a los grupos de presión de derecha e izquierda que querrán que su dosis de verdad pase junto a sus ideologizaciones.

Lo más importante es tener libertad para tomar todo lo bueno, venga de donde venga y, al mismo tiempo, denunciar el mal, sea quien sea el que lo personifique. La Asamblea del Episcopado no es una asamblea en que sólo los factores humanos cuentan. Ella tendrá la asistencia del Espíritu de Dios, quien será el que inspire e ilumine en el difícil discernimiento que la Iglesia tiene por delante.

Quisiéramos indicar finalmente el gran peligro que puede tener la Iglesia en su misión profética. Ella tiende a centrarse muchas veces sólo en denunciar o en la producción de documentos. La importancia no es

pensar que la reunión de Puebla será coronada con la elaboración de un documento. No, no basta escribir documentos, lo importante es concretar la colaboración que los cristianos deben prestar para la construcción de un mundo más abierto a Dios y al prójimo. Estamos tentados de pensar que una vez que se ha hablado o escrito algo, por arte de magia las cosas dichas se convierten en realidad. Por desgracia, la vida de la Iglesia, su pastoral, su evangelización y los cambios que se necesitan en la sociedad, requieren que no sólo se hable sino que se estudie las estrategias concretas que ayuden a la evangelización que lleva a una liberación integral: la del pecado que está en el interior de cada uno y la liberación de las opresiones socio-económicas y políticas que condicionan gran parte de nuestra vida.